

LEON FELIPE, CAMINANTE

por Darío Carmona

LE conocí en Madrid, en 1934. Creo que me lo presentó Rafael Alberti. León Felipe tenía entonces 50 años, yo 23. El ya era calvo, con barba, y llevaba una airosa capa española y un sombrero que, cuando hablaba, se solía quitar. Al menos yo lo recuerdo siempre destocado, hablándole a uno con una mirada "desde adentro", perfecta base armónica de su frente pensativa.

En realidad, recordando todo esto con veinte años de espacio, pienso que León Felipe no era solamente lo que suele llamarse *un amigo* y que, cuando me acerqué a él por primera vez, no significó este hecho el añadir un nuevo nombre literario al de las muchas amistades de entonces. No: la cosa era diferente, aunque en aquel momento nos pareciera natural. En medio del florecimiento espiritual de la España republicana —la Poesía, el Teatro, la Pintura...— era muy lógico que a uno le presentaran a León Felipe; era perfectamente natural que *estuviera* allí León —voz, esencia y presencia de España— dándonos esa sensación de vigoroso "tener razón", que nos volvió a ofrecer al hallarle de nuevo en México, como un humilde y singular pastor de la España peregrina.

León Felipe tampoco me trató a mí como un amigo, sino como si yo fuera un niño —un chico con toda la vida por delante— y él un "poeta caminante y ya un poco cansado..." A veces, nos encontrábamos en la calle de Alcalá. Andábamos juntos unos minutos. Es curioso, pero yo nunca le hablé de su poesía ni se la elogió, como si la fuerza y la comunicación de su presencia hicieran todo esto innecesario.

Un día, bajando por los "boulevares" hacia la casa de Alberti, me dijo: "¿Sabes? Yo he sido actor. Aparte de otras cosas, también llevo el Teatro en mi sangre..." Al decir esto, se tocaba el lado izquierdo, como si la sangre la llevara ahí, especialmente concentrada. Sin embargo, a mí nunca se me ocurrió pensar en la riquísima biografía de este hombre. No sabía, ni me

preocupaba cuál había sido el trayecto de su paso por el mundo. Hemos tenido que estar los dos desterrados, para que me haya interesado informarme de la vida del poeta,, como si ahora cobrara más significación el saber "de dónde ha sido desgarrado", de qué lugares y senderos ha sido arrancado.

* * *

Ni siquiera usando un lenguaje telegráfico, sería posible reseñar la extraordinaria ficha vital del poeta español. Cuando se escriba la biografía de León Felipe —"el español del éxodo y el llanto"— quedará marcada en el mundo una de las vidas más singulares y ricas de este siglo. Se ha dicho de él que "sería capaz de caminar sobre las aguas del mar y que *a lo mejor ya lo ha hecho, sin decirle nada a nadie...*" Alguien ha añadido esta interrogación admirativa: "¿Se imaginan a doce hombres como León Felipe lo que harían? ¿Se imaginan cómo sería el Mundo?". Ninguno de estos elogios me extraña, y creo que sobre él se tejerá un progresivo y cada vez más alto laurel. Aunque sea imposible, como dijimos, reseñar la "historia entera" de León Felipe Camino —con sus innumerables ángulos, con sus infinitos enfoques— quisiéramos de todas maneras reflejar algunos retazos de la existencia del autor de "Ganarás la luz"; del espléndido recreador en versos castellanos de la "Noche de Epifanía" shakesperiana.

* * *

Los primeros enigmas biográficos sobre León Felipe surgen sobre el lugar de su nacimiento. Algunos diccionarios literarios y ciertos tratadistas le hacen nacer en Tábara, un pueblecito zamorano; otros en Sequeros, en la provincia de Salamanca. Incluso algunos, más cautos, colocan una prudente interrogación, encerrada en un paréntesis, junto al nombre del poeta. Parece que el Viento —uno de los más fieles protagonistas líricos del escritor— revolvió los papeles de su origen y formó jaleo en el registro civil.

Si hacemos caso a Guillermo de Torre, León nació en Tábara (Zamora), exactamente el 11 de abril de 1884. Abandonó su pueblo natal cuando sólo tenía dos años y nunca volvió al lugar de su primera luz. Por eso nos cuenta en su "Autorretrato":

"Fuí a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada; pasé los días azules de mi infancia en Salamanca, y mi juventud, una juventud sombría, en la Montaña. Después... ya no he vuelto a echar el ancla..."

El padre de León era notario. Un notario como todos los notarios. Tal vez a eso se deba que su hijo vino al mundo a tes-

tificar: a "dar fe" de lo más entrañable de España, de lo más hondo de su Poesía.

Pero no nos desviemos. Esto puede ser literatura, un juego de palabras. La verdad es que el paternal notario nunca entendió a su hijo poeta, a quien sólo comprendieron su madre y un tío. Desde 1893, la familia vive en Santander, y allí, en la ciudad cantábrica, León Felipe siente ya una atracción decidida por el teatro. Tiene 16 años cuando funda una compañía de estudiantes, con la que representa intensos dramones. Sin embargo, todo esto hay que dejarlo y pronto. El señor notario no quiere oír hablar de escenarios, ni de versos. Su hijo debe ser "un hombre de provecho" y elegir una profesión decente. Se cuenta que León Felipe consultó una curiosa obra española que se titula "Libro de las Carreras", un grueso y práctico volumen en el que se indican las ventajas y defectos de cada profesión, destinado a iluminar espíritus indecisos. El poeta eligió la carrera de farmacéutico. No porque sintiera una especial atracción por las drogas y sus misterios, sino porque era la más corta y suponía un suplicio más breve.

Salió para Madrid. Un día presenció desde el "paraiso" del Teatro de la Zarzuela una obra que le conmovió hondamente. Según ha confesado muchos años después a De Torre: "aquél fue su primer *shock* literario poderoso..." La obra era el "Hamlet", y León se entregó con fervor a la lectura de Shakespeare, a través de las versiones de MacPherson. La emoción que despertó en él el solitario Príncipe de Dinamarca quedaría siempre latente en su vida y rebrotaría, aún con más fuerza, en sus años de máxima madurez: ahora, en estos años.

* * *

Muerto el padre —el notario— León Felipe concluye sus estudios y toma a su cargo a su familia. Se instala, como flamante farmacéutico, en Santander y después en Vizcaya. Más adelante, ya más libre, vuelve al teatro. Es aceptado como actor en la compañía del famoso Tallaví. Pasa más tarde a la de Juan Espantaleón, que dirige una tradicional compañía de "cómicos de la legua". El poeta comienza su vida de caminante, de eterno peregrino, y recorre, como actor, ciudades, aldeas y villas escondidas. Una vocación exigente y profunda se va abriendo paso en su espíritu: la Poesía reclama su vida. Necesita estudiar, leer, pensar y escribir, y la movедiza profesión de actor no le deja tiempo para nada, así es que abandona a los cómicos y divide su año en dos partes. El invierno está destinado a la Poesía, y lo que queda del año, a regentar farmacias en varios pueblos castellanos.

Surge así su primer libro —"Versos y oraciones de caminante" (1920) — que, apenas publicado, le hizo famoso entre las

minorías literarias y provocó comentarios y entusiasmo en el mundillo poético madrileño de entonces. De su gloria poética posterior —tan conocida, tan extensa— no es necesario hablar aquí.

* * *

Ahora ya no podemos seguir la vida del poeta. El espacio nos dice que no y debemos obedecerle. Son demasiados los episodios, innumerables los viajes, las idas y venidas por el planeta entero, de este hombre único que no se parece más que a sí mismo. Baste consignar —como una muestra de la diversa existencia geográfica y profesional de León— que en 1922 se encontraba en Fernando Poo, administrando los hospitales del Golfo de Guinea; desde 1925 a 1929, desempeña el lectorado de lengua y literatura españolas en la Universidad de Cornell, en los Estados Unidos; y las primeras noticias de la Guerra española las recibe en Panamá, donde era profesor universitario y agregado cultural en la Embajada republicana. (Naturalmente el poeta lo deja todo, lee por la radio de Colón un poema vibrante titulado "Good bye, Panamá" y se embarca en un buque holandés, para compartir con su pueblo tracionado los rigores de la guerra...)

* * *

León Felipe está en México. Desde allí nos ha enviado su bellísima recreación de Shakespeare que él tituló "No es cordero, que es cordera" y que estrenará el Teatro Experimental como "Noche de Reyes".

Allí, en México, ha recibido hace unos meses el homenaje cálido por sus "primeros 70 años". El creador de "Ganarás la luz" y "La insignia", se levantó entre los escritores que le rodeaban y leyó una conmovedora y profunda confesión poética. Su voz conuvo el aliento de todos cuando comenzó:

"Soy un poeta imprudente y temerario
que ha cumplido setenta años esta noche
y empieza a chochear...
Sed piadosos... y dejadme seguir..."

Nos cuentan que el *retorno al Teatro* del poeta español va a ser "hasta la muerte...". Tradujo a Christopher Fry ("Que no quemén a la dama") y trabaja con las nuevas versiones shakespearianas de "El Rey Lear", "Otelo" y "Romeo y Julieta". León Felipe le ha hablado a Miguel Guardia de su poética y única transcripción libre de "Noche de Epifanía":

"Mi obra es una paráfrasis —ha dicho— del cuento milesio utilizado por Shakespeare para su "Noche de Epifanía". Pienso que los dos primeros actos son verdaderamente de Shakespeare. Y una de dos: o los otros *no son de él*, o los hizo bajo la presión de alguna exigencia que les restó la calidad habitual que hay en sus obras. Son actos "desmembrados", desperdigados, con personajes episódicos icatralmente ilegítimos y convencionales... Mi versión del cuento tiene un personaje creado por mí, que se halla presente en todas las situaciones importantes y que —por ello— resulta fundamental en la obra... He intentado mezclar lo nórdico con lo mediterráneo, y casi toda la obra está escrita con versos propios..."

Se levantarán las cortinas del Teatro Antonio Varas, y León Felipe estará de nuevo con nosotros. Con la sombra gloriosa de Shakespeare al lado; pero con su barba española presente y sus ojos que miran "desde adentro..." Se alzaré el telón de "Noche de Reyes" y saldrá a escena el capitán Carranzano, corpulento y con encendido rostro, quien comenzará de la siguiente manera:

"Damas y caballeros:

Vamos a contar aquí esta noche, un viejísimo cuento...
Es un cuento tradicional, dramático y poético,
un cuento inmemorial y anónimo que viene de muy lejos...
Un cuento que viene casi... casi del sueño..."

DARÍO CARMONA